

resulta el desarrollo de todo ello. Tal vez sea ésa la única reminiscencia escolar que nos recuerda que estamos oyendo a un músico casi imberbe. Sigue un Andante ma non troppo en el que el autor prueba el diseño de melodías largas, tensas y expresivas. En esa especialidad, andando el tiempo, Strauss se hará maestro inimitable. En el Allegro vivo con que termina la sonata encontramos igualmente avances de lo que será el gran Strauss hilvanados con una escritura pujante, decidida y muy musical. El tema inicial de este movimiento es muy sencillo y muy straussiano: nota dominante, apenas un adorno sobre ella y gracioso salto de octava. Inevitablemente resuena en nuestros oídos el recuerdo de lo que Strauss será capaz de hacer con un simple salto de octava, parecido a ese, en *Muerte y transfiguración* primero y en las *Cuatro últimas canciones* después.

La *Sonata en fa mayor* está compuesta entre marzo y mayo de 1881. Después, en el invierno de 1882, revisó detenidamente el primer movimiento y, finalmente, la dio a la imprenta en 1883. Está dedicada a Hans Wihan, el violonchelista checo de la Orquesta de la Corte de Múnich que recibió también la dedicatoria del *Concierto* de Dvorak. Wihan estrenó la obra con éxito en Nuremberg el 8 de diciembre de 1883. Después, muchos violonchelistas se interesaron por ella y el propio Richard Strauss tocó más de una vez la parte de piano. Tim Ashley, en su biografía de Strauss, cuenta que, dos años después del estreno de la sonata, el compositor cayó rendidamente enamorado de Dora Wihan, amiga de su hermana Johanna y esposa del violonchelista Hans. De esa pasión surgió, entre otras obras, la hermosa canción "Allerseelen".

CARL MARIA VON WEBER

#### *Adagio y rondó*

En 1811, Carl Maria von Weber compuso un *Adagio y rondó en fa mayor* para armonium que recibió el número 115 en el catálogo de

Jähns. La pieza conoció otra versión para sexteto de viento –dos clarinetes, dos trompas y dos fagotes– en la que el clarinete lleva la voz cantante. En 1996, el violonchelista Henri Demarquette grabó una versión para violonchelo y piano que ha entrado poco a poco en el repertorio de piezas alegres para los recitales. Se trata, efectivamente, de una composición optimista, muy adecuada para sonar al final de un concierto. En este caso, además, aporta un valioso contraste con las otras obras que conforman el programa de hoy. El Adagio es una breve canción muy weberiana cuyo melodismo se sitúa en el extremo opuesto del de Richard Strauss. La melodía de Weber, perfectamente simétrica con sus periodos de cuatro compases, compensa la falta de sorpresas (enseguida somos capaces de predecir cómo sonarán las siguientes notas) con la placidez de su cuadratura. Strauss, por el contrario, jugará siempre con el oído del espectador y dibujará giros inesperados en sus melodías. El *Rondó*, por su parte, responde al origen del género: un rondó es, o fue en su día, una ronda, una pieza para bailar y cantar en redondo. Pocos rondós evocan con tanta claridad como éste la imagen del corro sencillo y divertido. No me equivocaré mucho si predigo que, a la salida del concierto, muchos espectadores llevarán en la mente, cuando no en la punta de la lengua, el simpático estribillo de esta pieza. Es interesante, por otra parte, el juego de las fechas: solo tres años separan a este juguete de Weber de la *Sonata* de Beethoven que abría la sesión de hoy. Dos músicas muy distintas que, en su tiempo, convivieron y compitieron en la batalla por ganarse el oído de la gente.

ÁLVARO GUIBERT